

CAPITULO I.

NACIMIENTO, PATRIA Y PADRES DEL VENERABLE PADRE FRAY JUNIPERO SERRA. TOMA EL SANTO HABITO, Y EJERCICIOS QUE TUVO EN LA PROVINCIA ANTES DE PRETENDER SALIR PARA LA AMERICA.

El infatigable operario de la viña del Señor el venerable padre fray Junipero Serra, dió principio á su laboriosa vida el dia 24 de noviembre del año de 1713, naciendo á la una de la mañana en la villa de Petra de la isla de Mallorca. Fueron sus padres Antonio Serra y Margarita Ferrer, humildes labradores, honrados, devotos y de ejemplares costumbres. Como si tuvieran anticipada noticia de lo mucho que el hijo que les acababa de nacer se habia de afanar á su tiempo para bautizar gentiles, se afanaron los devotos padres para que se bautizase el mismo dia que nació. Pusieronle por nombre Miguel José, los que conservó en la confirmacion, que recibió el 26 de mayo de 1715 en la misma parroquia de dicha villa en que habia sido bautizado.

Instruyéronlo los devotos padres desde niño en los rudimentos de la fe y en el santo temor de Dios, inclinándolo desde luego que empezó á andar, á frecuentar la iglesia y convento de San Bernardino que en dicha villa tiene aquella santa provincia, de cuyos religiosos era el padre muy querido, y en cuanto llevó al niño Miguel al convento, robó á todos el afecto. Aprendió en dicho convento la latinidad, de que salió perfectamente instruido, y al mismo tiempo se habitó en el canto llano, por la costumbre que tenia el religioso maestro de gramática de llevar los dias festivos á sus discípulos al coro á cantar con la comunidad. De este santo ejercicio y devotas conversaciones que oia á sus devotos padres, nacieron en su corazon muy temprano unos fervorosos deseos de tomar el santo hábito de nuestro seráfico padre san Francisco, sintiendo la falta de edad para ello.

Conociendo sus devotos padres la vocacion del

hijo, en cuanto tuvo edad le llevaron á la ciudad de Palma, capital de aquel reino, á fin de que se aplicase á los estudios mayores; y para que no olvidase la doctrina y buenas costumbres que desde niño le habian enseñado, lo encomendaron á un devoto sacerdote beneficiado de la catedral, quien viendo la aplicacion del muchacho en el estudio de la filosofia, que empezó á cursar en el convento de nuestro padre San Francisco, y la vocacion de ser religioso, lo enseñó á rezar el oficio divino, haciéndole rezar en su compañía, dejándole lo demás del tiempo para el estudio.

A poco tiempo de estar en la ciudad, que se le aumentaron los deseos de ser religioso, se presentó á nuestro muy reverendo padre fray Antonio Perelló, ministro provincial que era segunda vez de dicha provincia, pidiéndole el santo hábito. Dilatóse algun tiempo considerándolo muy muchacho; pero informado de que ya tenia edad cumplida, no obstante de pequeña estatura y enfermizo, lo admitió y tomó el hábito en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad, el dia 14 de setiembre de 1730, siendo de edad de diez y seis años, nueve meses y veintin dias. En el año del noviciado aprovechó en el ejercicio de las virtudes, aplicándose á imponerse en todo lo perteneciente á nuestra seráfica regla y preceptos en ella contenidos, para cuando llegase el tiempo de la profesion tener perfecto conocimiento de lo mucho que habia de prometer á Dios en la profesion. Para animarse para ella leia en los libros místicos y devotos las mayores cosas que Dios y nuestro seráfico padre san Francisco nos prometen si guardamos lo que en la profesion prometemos.

Los libros que mas leia y que le llevaban la

atencion, eran las crónicas de nuestra seráfica religion, regocijándose en la vida de tantos santos y venerables como en ellas se cuentan, leyendo sus vidas con tanta atencion y ternura, que parecia le habian quedado impresas en su memoria, de modo que referia la vida y ejemplares hechos de cualquiera de ellos, como si los acabase de leer, quedando admirados cuantos lo oiamos hablar de este asunto, y de la seráfica historia; y cuando le llegaba noticia de la beatificacion de algun venerable, se llenaba su corazon de gozo y referia su vida como si la acabase de leer en la crónica.

De este devoto ejercicio de la leyenda de las vidas de los santos le nacieron desde novicio unos vivos deseos de imitarlos en cuanto le fuese posible, causando dicha leyenda lo mismo que causó en San Ignacio de Loyola, y lo que principalmente consiguió de dicha devota leyenda fué un gran deseo de imitar á los santos y venerables que se habian empleado en la conversion de las almas, principalmente de los gentiles y bárbaros, deseando imitarlos hasta en dar la vida y derramar su sangre como ellos lo habian practicado: así lo oí de dicho mi venerado padre, que hablándome de su llamamiento para dejar su patria y venir á las Indias, me dijo con ternura de corazon y lágrimas en los ojos: "No ha sido otro el motivo que revivir en mi corazon aquellos grandes deseos que tuve desde novicio leyendo las vidas de los santos, lo que se me habia amortiguado con la distraccion de los estudios; pero demos muchas gracias á Dios que empieza á cumplir mis deseos, y pidámosle sea para mayor gloria suya y conversion de las almas."

Cumplido el año de la aprobacion profesó en dicho convento de Jesús el día 15 de setiembre de 1731 tomando el nombre de Junipero por la devocion que tenia á aquel santo compañero de nuestro seráfico padre san Francisco, cuyas santas sencilleces y gracias de la gracia celebraba y referia con devocion y ternura. Fué tanto el júbilo y alegría que le causó la profesion, que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba los votos y profesion todos los años, no solo el día de la profesion de nuestro seráfico padre san Francisco, sino tambien siempre que asistia á la profesion de algun novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesion y que hablaba de ella, prorumpia en estas palabras. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa:* Viniéronme por la profesion todos los bienes. "Yo, decia, en el noviciado estuve casi siempre enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no alcanzaba al facistol ni podia ayudar á los connovicios en los quehaoceros precisos del noviciado, por cuyo motivo solo me empleaba el padre maestro en ayudar las misas todas las mañanas; pero con la profesion logré la salud y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatu-

ra mediana; todo lo atribuyo á la profesion, de la que doy infinitas gracias á Dios."

En cuanto profesó nuestro padre Junipero, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad á estudiar los cursos de filosofía y teología, y de tal manera aprovechó, que antes de ordenarse de sacerdote ni tener tiempo para ello, ya lo eligió la provincia lector de filosofía para el mismo convento, en donde leyó los tres años con grande aplauso, logrando tener mas de setenta discípulos entre religiosos y seculares, que aunque no todos siguieron el curso, los mas prosiguieron los tres años y lo concluyeron muchos de los seculares borlados ya en dicha facultad, obteniendo por la universidad Lulliana el grado de doctores. Antes del año de concluida la filosofía, obtuvo el reverendo padre lector Junipero el grado de doctor de sagrada teología por la dicha universidad, en la que regentó la cátedra de prima del sutil maestro hasta la salida de la provincia, y en ella se desempeñó con grande fama de docto y profundo á satisfaccion así de la provincia como de la universidad, y en la dicha facultad sacó á muchos de sus discípulos borlados de doctores.

Las precisas ocupaciones de la cátedra literaria no le impedian para emplearse en la del Espíritu Santo, encomendándole los sermones panegíricos de los principales asuntos y grandes festividades, y siempre fué el desempeño con aplauso de los hombres mas doctos que lo oian. El último panegírico que predicó fué encomendado de la universidad, en la solemnisima fiesta que el 25 de enero celebra á su patron y compatriota el iluminado doctor el beato Raimundo Lullio, á que asiste la universidad formada y los hombres mas doctos de la ciudad; y como su reverencia pensaba seria el último (como lo fué en su patria), parece que echó el resto de su habilidad para crédito de la provincia, dejando á todos admirados. Oí en cuanto acabó el sermón á un jubilado excatedrático de mucha fama, de cátedra y púlpito y nada apasionado al predicador, esta expresion: *Digno es este sermón de que se imprima con letras de oro.* Pero estaba ya bien lejos de recibir tan honorosas expresiones, pues solo pensaba cómo salir á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, para lo que estaba entonces esperando por instantes la patente, como luego veremos.

No era menor el crédito en que estaba para sermones morales. Buscábanlo de las villas mas principales para que les fuese á predicar la cuaresma, en lo que se ocupaba todos los años, dejando sustituto para la cátedra, y se iba por las cuaresmas á emplear en la conversion de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventivas y sonora voz con que Dios lo habia dotado, despertaba á los pecadores del pesado sueño del pecado, y se convertian á Dios á pesar del mortal enemigo, quien claro lo dió á entender en la villa de Selva.

Predicaba la cuaresma en dicha villa el año de 1747, y estando en lo mas fervoroso de uno de los sermones, se levantó una mujer del auditorio que estaba obsesa (como después supo por el señor rector ó cura), y encarándose muy furiosa con el fervoroso padre, llena de cólera dijo en alta voz que oyó el auditorio: *Grita, grita, que por esto no acabarás la cuaresma.* Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni de dar crédito al dicho del demonio ó de la mujer endemoniada, que antes bien creyó lo contrario, pues ofreciéndosele á su reverencia el escribirme aquellos dias, me puso esta cláusula: "Gracias á Dios, gozo de salud, y espero así acabar la cuaresma, porque el padre de la mentira ha publicado que no la acabaré, y como no sabe decir verdad, espero concluir la sin novedad en la salud;" así sucedió, y regresado al convento, preguntándole sobre dicha cláusula, me refirió lo que llevo expresado.

CAPITULO II.

LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES, SOLICITA PATENTE PARA INDIAS Y CONSÍGUELA. SE EMBARCA PARA CADIZ Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO.

En el tiempo en que el reverendo padre lector fray Junipero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religion como afuera, y que podia esperar los correspondientes honores á sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándolo para doctor de las gentes, tocándole el corazon, para que dejando su patria, padres y su santa provincia, saliese á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, que por falta de quien les enseñe el camino del cielo se condenan. No se hizo sordo á esta voz interior del Señor, que encendió en su corazon el fuego vivo de la caridad del prójimo, y le nació de ello unos vivos deseos de derramar su sangre, si necesario fuera, para lograr la salvacion de los miserables gentiles, reviviendo en su corazon aquellos deseos que sentia cuando novicio, amortiguados por la distraccion de los estudios. Pero en cuanto sintió de nuevo la vocacion, consultóla con Dios en la oracion, poniendo por intercesores á su purísima Madre y á san Francisco Solano, apóstol de las Indias, pidiéndoles que si era de Dios dicha vocacion, tocase el corazon á alguno que lo acompañase en la empresa y tan dilatado viaje.

No obstante que su reverencia guardaba en lo mas secreto de su corazon esta vocacion, quiso Dios que de una conversacion que oyó el reverendo padre lector fray Rafael Verger, catedrático que era entonces de filosofía y á la presente obispo del nuevo reino de Leon, entendiese que un religioso de la provincia intentaba salir para las Indias á la conversion de los gen-

tiles. Luego me lo comunicó (por la estrechez que teniamos), aunque siempre me dijo que no lo sabia cierto, sino que lo inferia de una proposicion enigmática que oyó, y que no nombraban sugeto; pero que desde que oyó dicha proposicion se habian entrado en su corazon vivos deseos de practicar lo propio, y que si no estuviese amarrado con la cátedra, haria lo mismo: varias ocasiones hablamos los dos del asunto, por lo que se me pegaron los mismos deseos.

Haciamos ambos la diligencia de indagar si era verdad lo que habia inferido y quién fuese el religioso, y nada pudimos rastrear; no obstante que esto bastaba para desvanecer la especie, sentiamos ambos mas y mas deseos de venir para las Indias.

Yo, que me hallaba mas libre para que no se me dificultase por parte de la provincia, estaba para resolverme y poner la pretension para la licencia. No quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado padre maestro y lector fray Junipero Serra. Logrando un día la ocasion de haber venido á la celda de mi habitacion y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentia en mi corazon, suplicándole me diese su parecer. Al oír mi propuesta se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome: "Yo soy el que intento esta larga jornada; mi pena era el estar sin compañero para un viaje tan largo, no obstante que no por esta falta desistiria: acabo de hacer dos novenas á la purísima Concepcion de María santísima y á san Francisco Solano, pidiéndoles tocarse en el corazon á alguno para que fuese conmigo si era la voluntad de Dios, y no menos que ahora venia resuelto á hablarle y convidarle para el viaje, porque desde que me resolví he sentido en mi corazon tal inclinacion á hablarle, que esta me hizo pensar que vuestra reverencia se animaria. Y supuesto que lo que con tanto secreto he guardado en mi corazon ha llegado á noticia de vuestra reverencia por el conducto que me dice, sin saber quién era, al mismo tiempo que yo pedía á Dios tocarse el corazon á alguno y sentia mi total inclinacion á vuestra reverencia, sin duda será la voluntad de Dios. No obstante, encomendémoselo al Señor, y haga lo mismo que yo he practicado de las dos novenas y guardemos ambos el secreto." Así lo practicamos, y concluidas resolvimos seguir la vocacion y correr las diligencias para el efecto.

Ingrato fuera si callara lo dicho, pues confieso deber á las oraciones de mi venerado padre lector Junipero el verme entre los misioneros de *Propaganda fide*; felicidad tan grande, que en sentir de la venerable madre es envidiable de los bienaventurados, como lo escribió dicha sierva de Dios á los misioneros de mi seráfica religion empleados en la conversion de los gentiles de la custodia del Nuevo Méjico, cuya carta copiaré á

lo último si tengo lugar, pues es bastante eficaz para animar á todos á que vengan al trabajo de la viña del Señor, y confirma y aprueba el régimen que acostumbramos en estas misiones. Y asimismo á su ejemplo deben todos los demás religiosos que de dicha provincia han venido para los colegios, dicha felicidad, como tambien la provincia le debe que por el ejemplo de su esclarecido hijo haber logrado otro tan fervoroso, que después de haber convertido muchísimos gentiles á nuestra santa fe, derramó su sangre y gustoso rindió la vida para que se lograra la conversión de los demás, siendo este martirio de tanta gloria y honor para su santa madre, como tambien el ver otro hijo suyo gobernando la mitra del nuevo reino de Leon, honrando no solo á su provincia, sino á toda la religion seráfica, y puede gloriarse que si se privó de un Junípero por haberse trasplantado á la América, este por su fecundidad ha reengendrado y dado á la Iglesia santa una selva de Juníperos, todos hijos de su apostólico celo (como veremos á su tiempo), que todo redunde en honor de la provincia y del apostólico colegio de San Fernando, jardín á donde la trasplantó su ejemplar vocacion, tan envidiada de aquella como de toda su patria admirada, para cuyo seguimiento practicó lo siguiente.

Luego que se vió con compañero, escribió á los reverendísimos comisarios generales de la familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar á la América á la conversión de los gentiles: respondió el reverendísimo de Indias dificultándole, porque solo dos comisarios habia en España de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de Méjico, y estos con las misiones ya completas en la Andalucía en visperas de embarcarse, pero que nos tendria presentes para la primera ocasion, añadiendo que podría haber inconveniente por no ser del continente de España.

No por esto desistió de su intento el fervoroso padre Junípero ni se entibió en la vocacion, antes sí repitió carta á su reverendísima, suplicándole que si por ser de isla habia de haber dificultad, nos facilitase la licencia para incorporarnos á alguno de los colegios del continente de España para obviar todo impedimento. En este estado se hallaba la pretension cuando se acercaba la cuaresma del año de 49, que tenia encomendada el reverendo padre Junípero para predicarla en la parroquia de su patria la villa de Petra, y dejándome encomendado el asunto, que estaba en secreto de los dos, se partió para su destino.

No se olvidó nuestro reverendísimo padre comisario general de Indias, fray Matías Velasco, de nuestra pretension, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo á que aspirábamos; sino que luego que recibió la primera carta, la despachó á los comisarios de los citados colegios que se ha-

llaban en Andalucía, encargándoles que si se les desgraciase alguno nos tuviesen presentes. Llegó tan á buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la mision de San Fernando, se habian arrepentido cinco, amedrentados de la mar, que jamás habian visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el reverendo padre fray Pedro Perez de Mexquía, de la provincia de Cantabria y comisario de la mision, nos despachó por el correo ordinario las dos patentes; pero estas no llegaron, y si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitacion.

Viendo el padre comisario de la mision que con dichas patentes no parecíamos, nos remitió otras por conducto extraordinario, que no se pudieron perder. Recibílas el día 30 de marzo, á tiempo que iba á la bendicion de palmas, y luego que salimos de refectorio (con la bendicion y licencia de nuestro muy reverendo padre provincial), caminé para la villa de Petra, y entregando aquella misma noche la patente al reverendo padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra. Tratamos luego el día siguiente de verificar cuanto antes nuestro viaje y de que fuese con el mayor secreto; y supuesto que faltaban tan pocos días de la cuaresma, resolvió concluirlo: entre tanto yo me regresé á la ciudad en solicitud de embarcacion, la que no habiendo hallado para Cádiz, y si un paquebotillo inglés que después de Pascua se hacia á la vela para Málaga, ajusté con su capitán el pasaporte y di aviso al reverendo padre Junípero, quien después de haber predicado el último sermón en la misma parroquia en que habia sido bautizado, y despedidose en él de sus compatriotas (aunque sin expresar nada de su viaje), salió el día tercero de aquella Pascua para retirarse al convento de la ciudad, habiendo visitado á sus ancianos padres, despedidose y tomado la bendicion de ellos para volverse, respecto haber concluido su tarea. á quienes dejó asimismo ignorantes de su determinacion, quedando por esto mas oculta.

El 13 de abril, que fué aquel año la dominica *in Albis*, se despidió de la comunidad del convento principal saliendo al refectorio á decir las culpas, pedir perdon á todos los religiosos y la bendicion al prelado, que entonces era el mismo que habia sido su lector de filosofía, siendo secular, y viendo ahora la extraordinaria vocacion de su discípulo y el grande ejemplo que daba, no solo al convento, sino á toda la provincia, se enterneció tanto, que embargada la voz casi no pudo articular palabra, reduciéndose aquella despedida mas á lágrimas que á voces, con cuyo espectáculo no pudo menos que moverse á ternura aquella gravísima comunidad, y mas cuando vió que el reverendo padre Junípero fué por último besando los piés de todos los religiosos

hasta del menor novicio. Despedidos ya de la comunidad, caminamos luego para el muelle y nos embarcamos en dicho paquebot.

Era el capitán de este barco un hereje protervo y tan provocativo, que en los quince días que duró la navegacion hasta Málaga, no nos dejó quietud, pues con trabajo podíamos rezar el oficio divino, por querer continuamente argüir ó altercar sobre dogmas, que aunque no sabia mas idioma que el inglés y algo del portugués (en el que medio se explicaba), formaba en este sus argumentos, y teniendo la Biblia en la mano traducida en su lengua nativa, leia algun texto de la Escritura que interpretaba á su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba para sostenerlo, que luego le mencionaba otro con que plenamente le deshacia. Leia el capitán en su mugrienta Biblia, y no hallando por dónde evadirse, respondia que estaba rompida la hoja y que no tenia aquel verso: citábale otro y era la misma su respuesta: con lo que aunque bien se le conocia quedar confundido y avergonzado, pero nunca se redujo y quedó obstinado.

De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero, por ser el que lo confundia, que varias veces nos amenazó con que nos echaria al mar y se marcharia para Londres. No dudo lo hubiera hecho á no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenia miedo, pues veniamos seguros por el pasaporte que habia firmado, y que si no nos ponía en Málaga, nuestro rey pediria al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaria. No obstante este amago, una noche enfurecido de la disputa que sobre dogmas habia tenido con nuestro padre lector, llegó á ponerle un puñal á la garganta, con intenciones (al parecer) de quitarle la vida; y si no lo verificó, fué porque Dios tenia reservado á su siervo para mas dilatado martirio y para la conversión de tantas almas como después veremos.

Tiróse el capitán á su cama para desfogar la ira que lo consumia, y por si pasase adelante con sus intentos, cuidó el venerable padre de dispartarme, diciéndome como lleno de gozo: que no era tiempo de dormir, pues podría ser que antes de llegar á Málaga consiguiésemos el oro y plata, en cuya solicitud pasamos á las Indias: refirióme lo sucedido y se desahogó diciendo: "Me queda el consuelo de que jamás le he movido la conversacion ni disputa, por ser tiempo perdido; pero me parece que en conciencia debo responder por el crédito de nuestra religion católica." Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podia acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector; pero se contuvo la ira de

aquel perverso hereje, y ni aun en el resto del camino fué tan molesto como antes.

A los quince días de navegacion y en el que la santa Iglesia celebra el Patrocinio de señor san José, llegamos á Málaga; fuimos luego á parar al convento de nuestro seráfico padre san Francisco de la provincia de Granada, y en este dió un buen ejemplo el venerable padre Junípero, pues no habiendo pasado ni media hora de la llegada, ya fué á completas y oracion, siguiendo así todos los actos de comunidad los cinco días que allí nos mantuvimos; y pasados estos nos fuimos (en Javeque de Paisanos) para Cádiz, á cuyo puerto llegamos el 7 de mayo.

CAPITULO III.

DETENCION EN CÁDIZ: EMBÁRCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRACTICÓ EN EL CAMINO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Hallábase en Cádiz la mision colectada para el colegio de San Fernando de Méjico esperando ocasion para embarcarse, y luego que llegamos á tierra fuimos dirigidos al hospicio de la mision y recibidos en él con afectuosas expresiones, tanto del reverendo padre comisario como de los demás religiosos; refiriónos luego su reverencia la casualidad que habia sucedido de los cinco, que como queda dicho, se habian amedrentado, con la cual habian dado lugar á nuestra venida, y añadió que ojalá hubiésemos sido cinco los pretendientes, que otras tantas patentes habria enviado. Al oír esto el venerable padre Junípero, le respondió que pretendientes no faltaban y que si hubiese tiempo podian venir. Díjole el padre comisario que tiempo habia suficiente, porque habiendo la mision de embarcarse en dos trozos, podrían ellos hacerlo en el último; y dándole tres patentes, las despachó á la provincia: con ellas vinieron los padres fray Rafael Verger, fray Juan Crespi y fray Guillermo Vicens, movidos todos del ejemplo de nuestro venerable padre Junípero.

El día 28 de agosto del año de 1749 se embarcó en Cádiz el primer trozo de la mision: componíase del presidente, hijo del colegio de Sancti Spiritus, en la provincia de Valencia, y de otros veinte religiosos, entre los cuales venia mi venerado padre. En el dilatado viaje de noventa y nueve días que tardamos en llegar á Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos, porque en lo reducido del buque tuvo que acomodarse, á mas de esta mision, otra de reverendos padres dominicos, y muchos pasajeros de carácter; y por la escasez de agua que en los quince días antes de llegar á Puerto-Rico se experimentó de ella, se nos minoró tanto la racion, que la que nos daban en las 24 horas de cada día, poco pasaba de un cuartillo, y ni aun se podia hacer chocolate. Pero padeció fray Junípero estos

rabajos con tanta paciencia, que jamás se le oyó ta menor queja ni se le advirtió tristeza alguna; león lo que admirados los compañeros, solían preguntarle: ¿que si no tenia sed? Pero su respuesta era: *no es cosa de cuidado*; y si alguno se quejaba de que no podía aguantarla, le respondía con mucha gracia y mayor doctrina: "Yo he hallado algun medio para no tener sed, y es el comer poco y hablar menos para no gastar la saliva."

En todo el tiempo de la navegacion jamás se quitó el santo Cristo del pecho, ni aun para dormir: Todos los dias, salvo los en que el temporal no daba lugar, celebraba el santo sacrificio de la misa. Ocupábase de noche en confesar á los que para este efecto lo solicitaban. Venerábanlo todos como á muy perfecto y santo, por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.

Llegamos á hacer aguada en la isla de Puerto-Rico á mediado de octubre, y desembarcados en ella la tarde de un día sábado, fuimos á hospedarlos á una ermita titulada de la Purísima Concepcion, situada sobre la muralla de la ciudad, la cual tenia su capilla con tres altares, y bastante vivienda para toda la mision. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño ó sacristan que cuidaba de la capilla si queriamos asistir al rezo de la corona, al que concurría aquella gente por ser sábado. Aun no habian acabado de desembarcar todos los religiosos, con cuyo motivo estaba ocupado el padre presidente, encargóle á nuestro fray Junipero que fuese á dicha capilla con los que estábamos ya en tierra, y le dijo: que podía desde el pulpito rezar los gozos de nuestra Señora, y decir cuatro palabras para consuelo de la gente. Asistimos y cantamos la *Tota pulchra*, y concluida esta, dijo mi venerado padre cuatro palabras, que fueron estas: "Mañana para consuelo de los moradores de esta ciudad se dará principio á la mision, que durará el tiempo de la detencion del navio: convidó á todos para mañana en la noche en la catedral, donde se comenzará."

No pudo menos que este convite y anuncio de mision sorprendernos á todos, y mucho mas al reverendo padre presidente, que ni habia pensado en tal cosa; y preguntándole al reverendo padre lector ¿qué por qué lo habia hecho? respondió que así lo habia entendido de su reverencia. "Porque ¿qué palabras (dijo) de mayor consuelo podría yo referir á estos pobres isleños, que anunciarles tendrian misiones en el tiempo de nuestra detencion?" Alegróse de esto el padre presidente y asimismo todos los misioneros, y mas cuando tuvimos noticia de que la mayor parte de aquella gente no se habia confesado desde que estuvo allí la otra mision de San Fernando, y practicó lo mismo hacia nueve años.

El dia siguiente al entrar la noche, habiéndonos repartido por la ciudad á dar el asalto con

pláticas y saetas, nos juntamos en la iglesia catedral. En ella predicó el primer sermón á un numeroso concurso de gente el reverendo padre que presidia la mision, y el segundo dia lo hizo el reverendo padre fray Junipero. Quince dias se detuvo allí el navio, y de estos fueron ocho á pedimento de la ciudad, para que la mision siguiera. En éste tiempo empleándonos todos en confesar de dia y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el jubileo, pues segun se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todos este espiritual fruto al fervoroso celo de nuestro venerable padre.

Concluida la mision, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el dia 2 de noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hácia ella, sobrevino una deshecha tempestad, que duró los dias 3 y 4 de diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro fray Junipero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el dia mas sereno; de suerte que preguntándole si tenia miedo, respondía que algo sentia, pero que haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fué su tranquilidad cuando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del navio contra el capitán y pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvaran, pues ya ni el barco podía aguantar ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa virgen y mártir santa Bárbara, que en aquel dia celebra anualmente la iglesia; pues habiendo todos los religiosos que veniamos de las dos misiones puesto en una cédula el santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona; y clamando todos á una voz *viva santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos dias y en el sexto de diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, víspera de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, desembarcamos sin novedad.

CAPITULO IV.

VIAJE QUE Á PIÉ HIZO EL VENERABLE PADRE DESDE VERACRUZ HASTA MÉJICO.

Luego que llegaron á tierra nuestra mision y la de los reverendos padres dominicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa protectora santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento y para cumplir la promesa que

en la mayor afliccion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro venerable Junipero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viaje de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y elocuencia, que dejando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de ejemplo que ya tenia, la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Veracruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte), se trató luego de la salida para Méjico, para cuyo viaje, que es de cien leguas, costea el rey á los religiosos el carruaje y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pié, sino á caballo y con alguna comodidad. Pero nuestro ejemplo Junipero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al reverendo padre presidente le permitiese caminar á pié, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo este el fervoroso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro misionero de la provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba, salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor arca, lejos de faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fué mas larga de lo que pensaban (después de muy entrada ya la noche), llegaron á la orilla de un rio, que segun les habian noticiado, tenian que pasar antes de llegar al pueblo donde habian de parar: reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba al que intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenia. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la *Benedicta* á nuestra Señora; concluyéronla, y luego les pareció que miraban al lado opuesto un bulto que se movia; pero para cerciorarse fray Junipero de si era cierto ó no, dijo en voz alta estas palabras: "Ave María santísima: ¿hay algun cristiano á la otra banda del rio?" Respondieronle que si y que qué se ofrecia. Dijeron que deseaban pasar el rio y no sabian el vado; y diciéndoles que subiesen por la orilla hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego la guia, que no veian, les dijo que ya podian pasar; hicieronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó para su casa, sita á gran distancia del rio, les dió de cenar y camas en que dormir; pero

cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia á decir misa, y en todo el camino no pisaron mas que hielo el por mucho que aquella noche habia caido, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les habia hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él hubieran perecido al inclemente rigor del frio.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiracion á ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que habia salido á diligencia, con lo cual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino á singular beneficio de maria Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiéndolo hecho asimismo á su bienhechor y despedidose de él, siguieron su camino.

Habian andado un gran trecho y haállbanse sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron á caballo, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á parar, les dijo: "Venerables religiosos, vendrán cansados y sedientos; tomen una granada y los refrescará algo." Dió á cada uno una granada, y habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecian, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexion sobre el sugeto que los habia regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les habia enseñado el vado del rio y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el venerable padre Junipero para exhortar á la confianza en la divina Providencia, y decia que aquel bienhechor ó fué el patriarca señor san José, ó algun devoto hombre á quien este santo tocó el corazon para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada. Habian hecho noche en una hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño ó administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusieronse en camino, y á poco rato encontraron un pobre que les pidió una limosna: diéronle lo único que tenían, que era aquel pan, confiados en que llegarían temprano al lugar donde habian de parar, y que en caso contrario no les faltaria la divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiéndoseles hecho larga la jornada, por el mucho cansancio y necesidad que sentian, se sentaron á

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevían á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maíz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño; pero la flaqueza que padecían y necesidad de tomar algun sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel día.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los pies al venerable padre Junipero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentía, y habiendo descansado allí un día, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiadamente un pie, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un día prosiguieron su camino, y la tarde del último día de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

CAPITULO V.

LEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junipero Serra el día 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendición del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciéndolo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devoción paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendición al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás

religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una selva de Juniperos." Pero el humildísimo varón le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedía nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy diferentes."

El día siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que habia sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumisión le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le publicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitía por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se habia de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedía de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaria oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salía de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas habia sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplían medio año y se remudaban. Después de días de llegada al colegio nuestra misión, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habíamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junipero, expresó el prelado el gozo que habia tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "por que de vuestras reverencias, dijo, algunos se

"animarán á ir á trabajar en las misiones de los infieles de Sierra Gorda."

Al oír esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habian sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me*; y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensándolos por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobacion, segun lo dispuesto en las bulas ino-cencianas, nombró á ocho de los que habíamos venido de España, y entre ellos al venerable padre Junipero, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

CAPITULO VI.

VALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORGDA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversión de los gentiles y propagación de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundación del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, segun refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivían los indios de la nación Pame todavía en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reducción; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres dominicos que habian fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una misión, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron mas el ejercitarse en la reducción de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En

esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligacion; y aunque halló que los reverendos padres dominicos por un lado y los de San Agustín por otro tenían fundadas misiones, vió en el centro un gran manchón de gentilidad de la nación Pame, que vivían entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habian bautizado; pero solo tenían de cristianos el nombre, y vivían como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real orden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra orden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso rio llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reducción el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquia, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el avercindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuación de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios tambien formaron chozas de las mismas materias para su habitacion y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal misión, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitán, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundación de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepción de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la